

por el honor de sus vasallos fieles,
que cubrieran su planta de laureles,
y el bien de un hijo, prenda de su amor.

Bajo su cetro germinó la ciencia,
tendió sus alas la brillante gloria,
y al mágico esplendor de la victoria
fué todo el reino venturoso edén;
y miraron los árabes absortos,
junto al límpido hogar de sus mayores,
entre manto purísimo de flores
en ricos frutos su anhelado bien.

Pero henchidos de ardor tumultuoso
los ilustres magnates y guerreros,
profanaron sus fúlgidos aceros
en brazos de satánica ambición;
y la reina infeliz en su abandono
voló al desierto con su hermoso infante,
reflejado el dolor en el semblante,
llanto brotando el noble corazón.

También mil pechos generosos hubo
que al ver la augusta magestad herida
siguieron á la reina perseguida
con el valor que inspira la virtud;
y lejos de los súbditos traidores
que la patria de escombros han cubierto,
marchaban por el áspero desierto
detestando la vil ingratitude.

Mas entonces el cielo se ennegrece,
ráudos silban los fieros huracanes,
despedazan la tierra los volcanes,

ruge doquier la ronca tempestad;
el hondo trueno retumbando rueda
sobre la inmensa boca del abismo,
y parece, en tremendo cataclismo,
que se acerca la horrible eternidad.

Y en medio del tumulto y las tinieblas,
los rebeldes caudillos inhumanos,
en sangre tintas las alevés manos,
no cesaban sus armas de esgrimir;
y la guerra en su trono de ruinas
lívica irguióse con feroz grandeza,
y alzó pálida el hambre la cabeza
prorrumpiendo en su eterno maldecir.

Súbito luego se aparece el iris
tras la luz del relámpago radiante,
y un inmortal, altísimo gigante,
cuerpo toma en su nítido color;
y descende á la tierra desolada
con sus alas de fuego refulgente,
ostentando en el nácar de su frente
regio lauro de olimpico esplendor.

Es el infante que se torna en hombre
al conjuro de un génio soberano,
y que lleva, belígero, en su mano
armas, riquezas, honras y poder;
y con él vienen la amorosa reina
que estrechóle en sus brazos maternos,
los amigos, los súbditos leales
que no quisieron su adhesión vender.

Y huyeron á su vista los traidores
ocultando las iras en su seno,

con el vil corazón de espanto lleno
y de vergüenza la manchada faz;
en bellas flores se envolvió la tierra
y el cielo de arrebol en puro manto;
cesó doquiera la inquietud y el llanto,
reinó perenne la anhelada paz.

.
Vos no sois hija de la inculta Arabia,
vos de la España en el verjel naciste;
mas siempre de lealtad modelo fuiste,
alto tipo de noble perfección:
permitid, oh señora, que os consagre
mi humilde canto, si favor merezco,
y piense en vos si á la virtud ofrezco
un tributo de ardiente admiración.



A LA TEMPRANA Y SENTIDA MUERTE

De la Srta. D.^a Matilde González Ruano y Luque



A la temprana y sentida muerte
De la Srta. D.^a Matilde González Ruano y Luque

~~~~~  
Elejía

**P**OBRE mortal! En vano  
grande, feliz, potente te imaginas.  
Lanzó Dios su anatema soberano  
sobre tu triste raza, y desde entonces  
cercada de agudísimas espinas  
la flor marchita del linaje humano  
vive y muere entre escombros y ruinas.

¡Oh escena de dolor! Númen del llanto;  
presta á mi lira funeral acento  
y sus hondos gemidos con espanto  
trémula por doquier repita el viento!

Vestido el sol de abrasadores rayos,  
nuncio del fiero estío,

iba secando el cáliz de las flores  
 de que ornó la risueña primavera  
 la plácida mansión de sus amores.  
 ¿Cuál será la mejor? ¿Cuál la primera  
 que haya de herir mi mano furibunda?  
 El génio de la muerte preguntaba,  
 y oculto tras el velo  
 de negras nubes que al mortal robaba  
 el puro esmalte y el fulgor del cielo,  
 fija la vista en Córdoba tenía,  
 do con afán vehemente  
 su víctima inocente  
 buscaba henchido de soberbia impía.

Radiante de esplendor y gentileza  
 una niña miró, blanca paloma,  
 nítida flor de celestial pureza  
 que inunda el éter de divino aroma;  
 luz de los ojos de su amante padre  
 que en éxtasis dulcísimo la admira;  
 vida y aliento de la tierna madre  
 que sólo en ella su esperanza mira;  
 de humildad y candor raro modelo,  
 de belleza y virtud rico tesoro,  
 ángel de amor á quien llamaba el cielo  
 á pulsar ante Dios el arpa de oro.

Las negras alas de contento bate  
 el fatídico génio furibundo;  
 sulfúrea luz derrama de sus ojos  
 y estrago por doquier siembra en el mundo.  
 Ni una lijera brisa se levanta  
 del Bétis en la orilla.

ni con arpada voz el ave canta,  
 ni el sol en hebras de diamantes brilla;  
 sólo la horrible muerte  
 suspendida en los aires centellea,  
 y con su inmundo ponzoñoso aliento,  
 con el fuego letal de su mirada,  
 enciende en rayos el celaje oscuro  
 y una centella pérfida descende  
 del ángel de candor al seno puro.

Llorad, ¡oh tiernos padres! Eclipsada  
 cayé del alto cielo  
 de vuestra dicha la luciente estrella.  
 Hambrienta espera la insaciable tumba  
 el cuerpo inerte de Matilde bella.

Cuando el mundo á sus ojos ofrecía  
 doradas ilusiones deleitosas;  
 cuando halagüeña la fortuna abría  
 á su planta gentil senda de rosas;  
 cuando todo enredor la sonreía  
 y las gracias volaban amorosas  
 en torno de su frente,  
 el ángel infernal de la venganza  
 súbito fulminó su rayo ardiente  
 y ¡adiós vida, ilusiones, esperanza!

Era un querub: el cielo su tesoro  
 en ella derramó; más que del ave  
 el trino, fué su voz grata y suave;  
 mas hermosa que el sol su crencha de oro;  
 Abril envuelto en su ligera brisa  
 dióla de paz el regalado beso,  
 y la Aurora gentil bañada en risa

mirábala con mágico embeleso;  
 por verla Mayo separó las flores  
 que adornaban su blonda cabellera,  
 y encendieron sus flechas los amores  
 de aquellos ojos en la dulce hoguera.  
 Mas ¡ay! tan puro, tan divino encanto,  
 al fin perdióse de la noche oscura  
 entre los pliegues del funesto manto;  
 sólo nos queda doloroso llanto  
 al recordar su célica hermosura.

Hórrida sombra que con mano impia  
 marchitaste la flor de la inocencia:  
 ¿no habrá poder alguno que te obligue  
 á revocar tu bárbara sentencia?  
 ¡Mira la faz en lágrimas bañada  
 de la infelice madre que suspira;  
 oye la tierna voz acongojada  
 del tristísimo padre que delira  
 bajo el férreo dogal de sus dolores,  
 fija la vista en la postrer mirada  
 del ángel de su dicha y sus amores!

¡Oh desdichados seres!  
 ¡desdichados mil veces...! que en la noche  
 exhalarán sus ayes; de la aurora  
 mezarán el aljófara con su llanto!  
 Huyeron de sus tiernos corazones  
 para siempre las gratas ilusiones:  
 perdieron su belleza  
 los áureos rayos de que el sol se viste;  
 la flor del campo, deshojada y triste,  
 perdió también su aroma y su pureza:

y al eclipsarse el astro refulgente,  
 hechizo y luz de sus amantes ojos,  
 sólo en el cielo quedan negras nubes,  
 sólo en la tierra brotarán abrojos.

Gemid, ¡oh tristes padres!  
 gemid, llorad; del oprimido pecho  
 salga el dolor en abundoso llanto  
 y calmará la pena y el quebranto  
 del corazón en lágrimas deshecho.  
 ¡Suspirad en la noche solitaria,  
 elevando al Señor Omnipotente  
 vuestra amante dulcísima plegaria;  
 y cuando suba al cielo por Oriente  
 la Aurora en perlas y en fulgor divino,  
 las bellas flores de su faz bañando  
 las orlas de su velo peregrino,  
 rogad vosotros á sus pies llorando!

Cual la rosa gentil que en la mañana  
 arrebató la ráfaga bravía  
 cuando en su trono de esmeralda ufana  
 con su manto que Abril tiñó de grana  
 y corona de perlas, sonreía  
 á los besos del aura encantadora,  
 que *reina de los prados* la decía,  
 así la tierna niña, seductora  
 rosa de vuestros mágicos pensiles  
 que vuestro amor y vuestro hechizo fuera,  
 quedó marchita al soplo furibundo  
 de la borrasca fiera,  
 de su vida en la hermosa primavera.

. . . . .

—¡Adios, mi vida, mi ilusión, mi encanto:  
 adios, Matilde mía!  
 ¡Ay! *para siempre adios!* ¡Oh, cuánto, cuánto  
 horror encierra tan cruel palabra,  
 que impide que al suavísimo consuelo,  
 á la dulce esperanza, hija del cielo,  
 el pobre corazón sus puertas abra!—  
 grita en sus negras horas de agonía,  
 en su congoja fuerte,  
 el triste padre, que á raudales vierte  
 acerbo llanto de sus místios ojos  
 sobre aquellos carísimos despojos  
 sellados por la mano de la muerte.

Mas ¡ay, padre infeliz! ¿quizás olvida  
 tu mente, espejo de la luz cristiana,  
 que más allá del tiempo hay otra vida  
 y otro mundo de esencia soberana,  
 donde de Dios bajo la fuerte egida  
 el alma pura de esplendor vestida  
 con el alado serafín se hermana?

Matilde, angel de amor, que en el Empíreo  
 himnos cantas á Dios de gloria llena,  
 en tus cándidas manos ostentando  
 la palma y la purísima azucena:  
 descende, sí, descende  
 en el florido carro de la Aurora;  
 ven á templar el hórrido tormento  
 del tierno padre que incesante llora;  
 ven á bañar en luz su pensamiento,  
 y cuando mire la radiante y pura  
 aureola inmortal que te rodea,

cuando contemple absorto tu hermosura,  
 cuando extasiado tus hechizos vea  
 y los brazos te tienda cariñoso  
 y de amor desfallezca y se deslumbre  
 herido por el brillo soberano  
 y el santo fuego de la eterna cumbre,  
 con lágrimas de amor, enternecido,  
 quizá feliz bendecirá su suerte,  
 anhelando besar, reconocido,  
 la fatídica mano de la muerte.

Adios, amigo, adios; calma tu pena  
 y treguas pon á tu dolor profundo.  
 Si la cándida rosa que admirabas  
 marchita queda en la región del mundo,  
 en blanca y bella y olorosa nube  
 al celestial Edén su aroma sube.

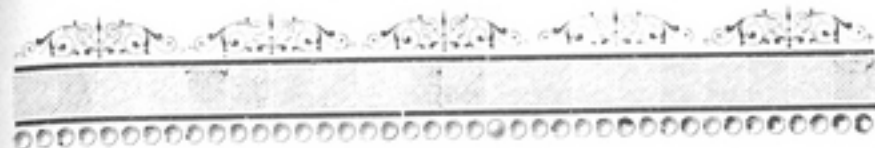
Aún te queda otra rosa que embalsama  
 tu aliento, que la dicha te asegura;  
 otra fúlgida estrella que derrama  
 sobre tu faz la luz de la ventura.  
 ¿Por qué los triunfos de Matilde lloras  
 y te quejas y acusas al destino?  
 ¿Puedes tú darla el esplendor divino  
 de su encumbrado asiento  
 y su manto de hermosos arreboles,  
 y su corona de dorados soles  
 sobre la alfombra azul del firmamento?  
 ¿Puedes tú darla el fuego en que se abrasa,  
 el santísimo amor que Dios la inspira,  
 el beso con que á Dios su vida pasa,  
 la luz de Dios en que su espejo mira?...



Calma ya tu aflicción; cálmala y ruega  
al infinito Ser Omnipotente  
que cuando en lecho funeral, helado,  
turbios ocultes los inmóviles ojos,  
la yerta faz y la marchita frente,  
el alma de Matilde, luminosa,  
más que el disco del sol resplandeciente,  
á la eterna morada te conduzca  
do nunca pudo penetrar el llanto;  
y entre los ecos del divino canto,  
con diadema inmortal tu rostro luzca  
ante el trono del Dios tres veces santo.



LO IMPOSIBLE



## LO IMPOSIBLE

---

**A**YER, cuando hechicera sonreías,  
joven y alegre, en mi delirio vano  
te hablaba yo de amor, y respondías:  
—¡Esperad, esperad: aún es temprano!

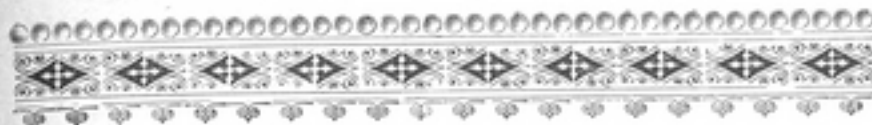
A las firmes y sinceras protestas  
de la pasión que en mis entrañas arde,  
hoy con glacial desdén tú me contestas:  
—No abrigueis esperanzas: es ya tarde.

¡Menguado corazón; sucumbe y calla  
ocultando un tormento irresistible!  
¡Cuánto te cuesta descubrir que se halla  
entre temprano y tarde lo imposible!





Á AFRICA



## A ÁFRICA

**E**n la divina lumbre de tus ojos  
sus abrasadas flechas amor vierte,  
y el alma espira en deliciosa muerte  
al abrir dulce edén tus labios rojos.

    Sin reposo jamás, pisando abrojos  
que en bellas flores tu mirar convierte,  
voy de tí en pos, ansioso de ofrecerte  
mi corazón amante por despojos.

    Tu risa, tu candor, tu frente pura  
arrebata mi altivo pensamiento  
que ardiendo en torno de tu faz fulgura.

    Oye benigna el ¡ay! de mi tormento  
y en celestiales auras de ternura  
llegue hasta mí tu regalado acento.

